

Conocedor de conventillos

En la precisa sencillez de la pobreza se desenvolvían, con desvergonzada honradez, los conventillos: en antaño progresivas propuestas urbanísticas para los más pobres y los venidos a Santiago desde las zonas rurales del norte y sur del país. A los conventillos, los recuerdo, ni más ni menos, como desdichadas y tembleques arquitecturas cuyo asidero era un simple pretexto habitacional para que muchos vivieran mal como lo hacen los animales en los potreros.

Un conventillo estilo calle Vivazeta o calle Esperanza, en los años treinta cuarenta y cincuenta propone una estrecha entrada colegada a una distribución de piezas moldeadas alrededor de imperfectos patios rectangulares con un insigne lavadero en el centro y unos antihigiénicos "waterers" ubicados en la parte opuesta a la entrada. El lavadero, una alteza arrimada a un pilón de agua, no es solo una solución matemática o estética para el problema del lavado de cuerpos o ropa sucia si no que, un foco social importante para que sus habitantes pudieran comentar los inusitados chismes cotidianos a modo de "conventilleos" tan útiles para despertar pasiones criminales, cultivar amistades o llorar a los amores imperfectos.

Un vericuetto inerme repercute hoy en mis sentimientos que me permite narrar, sin hosquedades y fatigas, en la estreches de mis pantalones, como estas viejas y hediondas construcciones, hecha de ladrillos, barro y madera lograron en su podredumbre resistir con buen animo el pito de mi elaborada presunción de buen conocedor de conventillos. El mío fue como el de muchos: un insólito reino hecho de mohosos clavos, tornillos sueltos, bisagras chillonas, roperos rotos, cómodas desteñidas, bacinicas abolladas y destartadas sillas que es cuanto me recuerdo de las mañanas: aquellas de los despertares lacrimosos. Los conventillos chilenos, con sus frágiles y mortales arañas de rincón y vinchucas agresivas, fueron como en Buenos Aires, sin los inmigrantes extranjeros o el tango entremedio, una extraordinaria experiencia de vida revoloteándole a la gran cuidada.

Como los chistes de Don-otto, tanta gente trabajadora, y de múltiples oficios, vivían desde siempre en dolorosas disputas territoriales con las aguerridas y desfachatadas garrapatas: pulgas, chinches y piojos que privados de sangre humana reñíanse al milímetro los perfectos orificios algodonereros de los cojines y los colchones cual albañil y carpintero hubiera ahí mismo, puesto su clavo para tapar el agujero de un ratón pordiosero. Vía libre entonces a los insectos emigrantes en busca de animales rebosantes de pelos domésticos como cual niño les ofrece sus tiesas mechas negras de recipiente.

Después de haber visto tanto alcoholismo y haber sido participe de tantos velorios y lloradas despedidas no me queda mas que recordar con mucha gana los conventillos y las eternas carrozas negras depositarias de dolores tan fuerte como ver, cuando se es niño, un cuerpo humano sin vida.